



Carreña, la capital del Concejo, vive entre los montes.

EL CONCEJO FELIZ

CABRALES es un concejo de Asturias que vive cara a los Picos de Europa, y tiene bien curtido el cutis con el sol de los estíos y el frío de la nieve.

Los pueblos que lo forman—Arenas, Carreña, Tielve, Inganzo, Sotres...—se asientan en valles y cañadas, remidos en concilio bajo la presidencia, gallarda y muda, del Naranjo de Bulnes.

Este Concejo, estos pueblos, son la merced de la felicidad ciudadana. Porque feliz es todo aquel que no paga impuestos, que no necesita sacar la cédula, ya que no tiene quien le obligue a adquirirla; que ve pasar las épocas de concentración de quintas y no es llamado a filas, que no teme la prepotencia de los arbitrios porque no hay recaudadores...

Desde el mes de octubre del año pasado, Cabrales, los pueblos de Cabrales, viven extraños a todas las oficiales. Son como "gens" de épocas remotas que trabajan la tierra, cuidan las cabras, fabrican quesos y no deben otra sumisión que la que impone el charol de los tricornos de la Guardia Civil.

ANTECEDENTES PREVIOS

Fue allá por octubre del año último. A Cabrales, que vive un poco al margen del mundo, llegaron inquietudes nuevas.

Un puñado de vecinos subió a las cabañas, gapeó por los riscos y apartó a pastores y labriegos del calor de los rebaños y de la pegajosidad de la tierra.

—¡Eh, amigos!—les decían—. ¿Sabéis lo que pasa allá abajo? El Ayuntamiento no es más que una cueva de caciques. No hay otra voluntad que la suya. Quieren mandar, hacer y deshacer. Tenemos, tenemos, un médico que nos cuida cuando la enfermedad nos ataca y quieren echarlo. Los echaremos a ellos, ¿no?

Y labriegos y pastores dejaron arados, dejaron rebaños y fueron.

En Carreña, capital de la Municipalidad, se reunieron todos. No estaban muy seguros de lo

Un pueblo que vive sin Ayuntamiento desde Octubre

que debían hacer. Pero la voz que los sacara de entre las peñas volvió a repiquear en sus oídos:

—¡Fuera, fuera los caciques!

Y subieron al Ayuntamiento, y el alcalde, los concejales y el secretario tuvieron que abandonar el local y dejar que la turba se apoderara del edificio.

Entonces comenzaron a actuar las embajadas. El despacho del gobernador de la provincia se llenó de comisiones. El juez del partido practicó detenciones. No pasó nada. Ni violencia. Ni determinaciones extremas.

Los hombres volvieron a las peñas y a los prados. La madeja política comenzó a desenvolverse en comentarios y argucias y el pueblo tuvo desde entonces dos médicos. El titular nombrado por el Ayuntamiento, y el que aspiraba a la titular, que ahora trabaja como mero profesional.

Sólo el Ayuntamiento continuó cerrado.

EL PODER DE LAS MUJERES

Fue un asunto de escándalo. Rodó por la Prensa la noticia de que, con motivo del nombramiento de un médico titular, el pueblo se había dividido y una de las partes había expulsado a los concejales de la casa-Ayuntamiento.

El gobernador dejó que el juez actuara, y éste comenzó las diligencias.

Un buen día, los cabecillas de la protesta fueron a Llanes a prestar declaración, y las mujeres esperaban, impacientes.

Una panne retrasó el regreso de los líderes y la paciencia de las que esperaban se colmó pronto.

Veinte, treinta, cuarenta mujeres formaron una nueva manifestación. En el Ayuntamiento toda la actividad se concretaba al despacho de asuntos de trámite y correspondencia, operaciones que llevaba a cabo el secretario.

Allá fueron las cabraliegas. El funcionario se vió lanzado escalera abajo, y las más audaces se aso-



El alcalde de Cabrales y el secretario municipal con nuestro colaborador Pedregal Larra.



Algunos de los "terribles revolucionarios" toman el sol.

maron al balcón, y, mostrando las llaves, gritaban, frenéticas, jadeantes:

—¡Aquí, aquí están las llaves! ¡Que vengan a quitárnoslas!

No se las arrebataron, pero aquello fué el último episodio, porque de entonces acá no volvió a reanudarse la actividad del Municipio. Sucedió esto en noviembre.

UN ALCALDE QUE NO LO ES

A seis meses fecha de estos hechos estamos en Cabañales. El alcalde, don Pedro Trespalacios, tiene todo el tipo de un buen aldeano burgués. Limpia camisa dominguera, almadreñas recias, boina toldo y un puro prendido en el extremo del guión amplio de la boca.

—¿Quiere usted hablar de lo del Ayuntamiento? Poco puedo decirle. Nosotros—nosotros somos los concejales—no volveremos allí mientras que no se nos den las necesarias garantías.

El secretario municipal, don Manuel Niembro de la Concha (un republicano de hace veinte años), contra quien se disparó la casi totalidad de la indignación popular, asiste a la conversación.

—El alcalde dice bien. Mientras no se garantice su seguridad no es posible retornar al Ayuntamiento.

—¿Filiación política de los concejales?

—Son doce: Pedro Trespalacios, Pedro Ardines, Angel Sánchez, Jesús Corcos, Paulino Huerta, Francisco González, Francisco Fernández, Paulino García, Esteban Llera, Fernando Bueno, Cipriano Fernández y Miguel Díaz. Todos ellos elegidos en el 31, en las elecciones de abril. Republicanos.

—¿Por qué, entonces, esa oposición?

La respuesta viene envuelta en pechera de camisa de frac.

—¿Quién sabe...

—No, no busco causas. ¿Cómo vive el pueblo sin Ayuntamiento?

Respuesta perogrullesca y sonriente:

—Viviendo; es decir, con toda comodidad.

—¿Impuestos?

—Aquí no hay arbitrios. Ni por vinos, ni por carnes, ni inquilinato: nada. Sólo era base de los in-

gresos del presupuesto (que asciende a unas treinta y ocho mil pesetas) el reparto por utilidades.

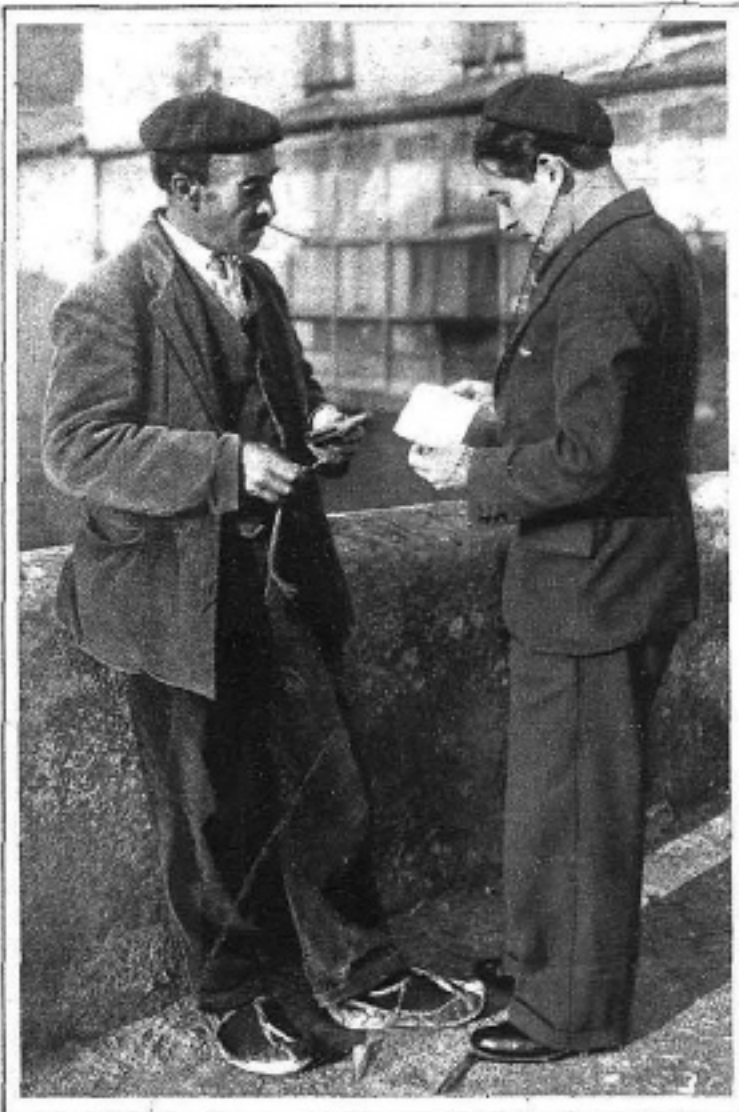
—Y ése...

—Todavía está sin hacer el del año pasado. Se hallaba sobre la mesa y allí debe estar.

—Naturalmente, el quebranto que supone para el erario esta paralización será muy grande.

—Desde luego. Ya ve usted; ahí están varios expedientes de creación de escuelas y construcción de edificios enteramente paralizados.

—Y la Hacienda, ¿qué dice?



«Mire, mire la cédula—dice un cabraliego castizo a nuestro colaborador—; «tíen» tres años y, ¡mi alma!, que «nono» pago otra más.»

—Pues quiere hacer responsables a los concejales imponiendo multas. A los concejales y a la Junta pericial, claro.

—¿Y la cuestión de quintas?

—Como todo. Los mozos que habían de incorporarse este año pudieron hacerlo gracias a que el secretario, en su domicilio particular, les hizo las diligencias. Pero los de este cupo ni se llamaron siquiera. No hubo citación.

—¿Entonces...?

—Nuestra situación es única. A éste—y señala al secretario—le insultan con una asiduidad increíble. Hasta cerradas a la puerta de casa le dieron, y a mí... Yo tengo las llaves del Ayuntamiento y no puedo entrar en él. ¿Quiere usted decirme lo que soy yo? ¿Soy alcalde o qué "diñños" soy?

"YE UNA MONA"

La verdad sea dicha. Este Carreña de Cabañales es un pueblo bendito de Dios.



He aquí a un alcalde que no lo es, porque a una parte del pueblo se le antojó arrojarlo junto con todos los concejales del Ayuntamiento, sin acordarse de que es el primer alcalde republicano del Concejo, a quien ellos mismos eligieron.

Los "terribles revolucionarios" toman el sol—un sol que trae cuchillas heladas arrancadas de las crestas de los Picos—con la mayor beatitud del mundo.

La guiada en la mano, la colilla doblada, en prematura vejez y pegada al labio inferior con el sintético amarillo de la saliva, parecen características de una construcción en serie.

—¿Qué, ¿tomando el sol?

Hasta la contestación tiene "galvana".

—Tomándola; sí, señor.

—¿Una foto?

La máquina es un despertador infalible. Se retratan y después charlan veloces; veloces como esos relojes a los que se les ha roto el tope de la cuerda.

—Estáse bien sin Ayuntamiento. Nada nos da, pero nada pagamos.

—¿Ni cédula?

Uno de ellos, cuya talla marginan la sucia boina y las típicas corizas, rebusca en los bolsillos y extrae una cartera agrietada, mugrienta:

—Mire; la última que "compré" tiene dos años.

—Estarán ustedes contentos con no tener Ayuntamiento.

—Claro, hombre, claro. Cuando los echamos de allí no sabíamos que era sólo pa lo del medico. Esto val más.

Baja la voz y me dice:

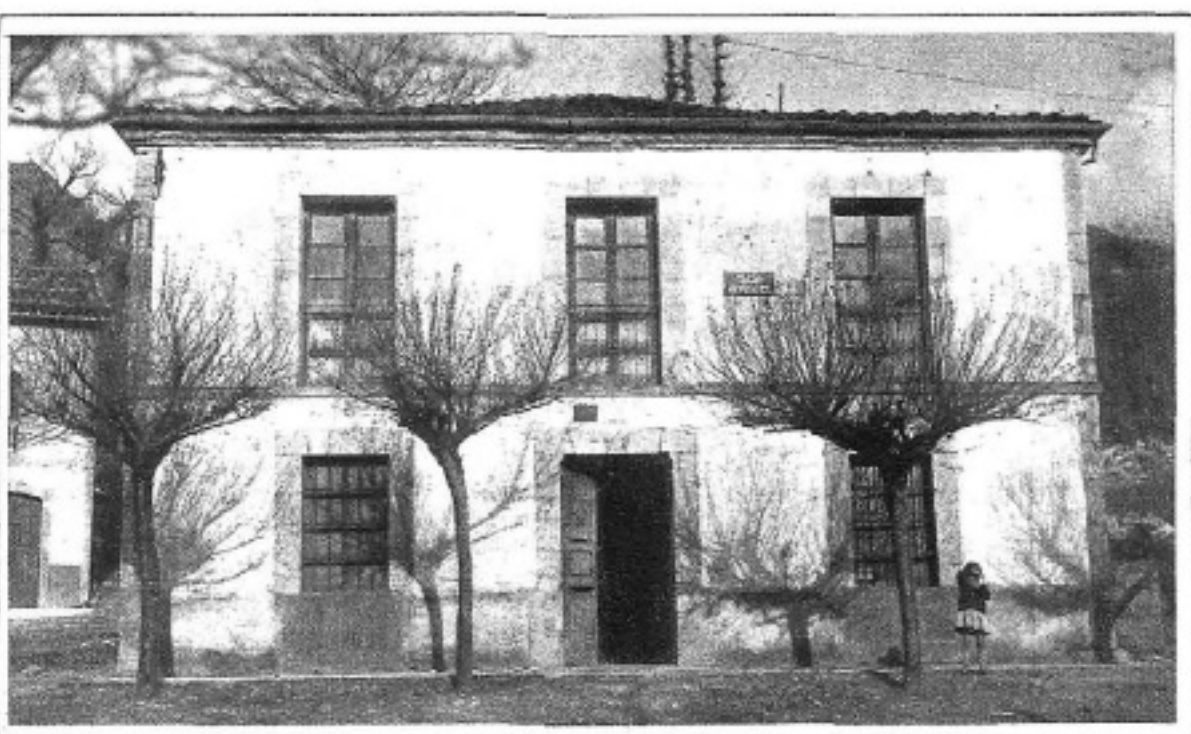
—Esto ye una mina.

Pero un viejo que ha captado la frase, se rasca la cabeza filosóficamente y exclama:

—Una mina, una mina. Nos dicen una cosa y la hacemos sin saber por qué, sin pensarla. Somos tontos.

"IXUXÚ", LOS QUINTOS

Este año no se ha roto contra las paredes de las



El edificio del Ayuntamiento en el que se ha suspendido toda actividad desde el mes de octubre.

TRABAJO

Sobre una mesa del Gobierno Civil de la provincia descansa el voluminoso expediente de este complicado problema planteado en Cibrales.

Un delegado del gobernador estuvo hace muy pocos días en el pueblo, con el fin de dar nuevamente posesión a los concejales, sin conseguir otra cosa que recoger una pita y algunas frases gruesas de parte del vecindario.

Mientras tanto, este Concejo asturiano parece ser campo



Sobre la mesa del gobernador civil de la provincia está el expediente que contiene todos los datos del problema.

mas del pueblo el grito bravo de los mozos. No hubo quintos. Y los que ya soñaban entre los brezos y por las escarpadas cumbres con la ilusión de unos meses de ciudad, han sufrido una desilusión terrible.

Para ellos, el cierre del Ayuntamiento es motivo de disgusto.

Me lo va diciendo uno de ellos, que cuida vacas y cabras en lo alto de una peña.

—Yo más quisiera haber ido. Se cansa uno de cuidar ganado. ¡Con la de planes que tenía ya hechos! Mi tío había escrito cartas de recomendación para ver si me llevaban a una población

grande. Yo quería a Madrid, pero dicen que es muy difícil. Y el rapazón enfoca los prismáticos de sus ojos hacia los cercanos Picos, como queriendo taladrarlos y acercarse al sueño.

—Pero si no fué este año, será el que viene. Si yo fuera gobernador, ya había abierto el Ayuntamiento. Con la gana que tengo de gritar: "¡Ixuxú, los quintos!".



Este rapazón, que no conoce otro mundo que el de los risos y el ganado, ha recibido la contrariedad de no ser soldado porque no hay Ayuntamiento que lo declare tal.

experimental de una organización futura. Vivir sin Ayuntamiento. Triturar con cincuenta voces y cien brazos la administración de un pueblo.

¿Hasta cuándo?

En tanto el pueblo, perdido entre montañas, sin teléfono, sin telégrafo, unido al mundo por una carretera prendida inverosímilmente de las rocas, trabaja, trabaja como esa anciana que, encorvada sobre el azadón, me enseñó la calva de sus encias y dijo:

—¿También ustedes, los de los papeles? ¿No pueden dejarnos trabajar en paz?

Los líderes del alboroto con el mélico que dió origen al conflicto.

V. PEDREGAL LARIA

(Fotos Rozas.)

